

Jules Verne

El castillo de los Cárpatos

Traducción de Amaya García Gallego

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Le Château des Carpathes*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuares.com

Imagen: © Alamy / Cordon Press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Amaya García Gallego, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-771-0

Depósito legal: M. 33.655-2019

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

I

Esta no es una historia fantástica, sino tan sólo novelesca. ¿Se puede entonces llegar a la conclusión de que no es cierta, dada su inverosimilitud? Sería un error. Pertenece a una época en la que todo sucede (casi sería lícito decir que todo ha sucedido ya). Si este relato nuestro no resulta verosímil hoy en día, podría resultarlo mañana, gracias a los recursos científicos que depara el futuro, y nadie osaría tacharlo de leyenda. De todas formas, en el ocaso de este siglo XIX, con su pragmatismo y su positivismo, ya no se crean leyendas, ni en la Bretaña francesa, la comarca de los ariscos *korrigans*; ni en Escocia, tierra de *brownies* y gnomos; ni en Noruega, la patria de los *æsir*, los elfos, los silfos y las valquirias; ni tan siquiera en Transilvania, en el entorno de los Cárpatos, cuya propia naturaleza resulta tan propicia a todas las evocaciones psicagógicas. Conviene, no obstante, apuntar que la región transilvana aún está muy vinculada a las supersticiones de épocas remotas.

Esas provincias del extremo de Europa las describió Joseph Marie de Gérando y las visitó Élisée

Reclus. Ninguno de los dos mencionó la curiosa leyenda en la que se basa esta novela. ¿Tuvieron noticia de ella? Probablemente, pero no quisieron prestarle fe. Es una lástima, porque la hubiesen relatado con la precisión de un analítico aquél y con el instinto poético que impregna sus crónicas de viajero éste.

Ya que ninguno de los dos lo hizo, voy a tratar de hacerlo en su lugar.

El 29 de mayo de aquel año, un pastor se encontraba vigilando su rebaño en la linde de una verde meseta, al pie de los montes Retyezat, que domina un valle fértil, poblado de árboles de fuste recto y de hermosos cultivos que lo enriquecen. Se trata de una meseta alta, desprotegida y sin resguardo, que los cierzos, provenientes del noroeste, dejan pelada durante el invierno como si fueran la navaja de un barbero. Los habitantes del lugar dicen entonces que la meseta se afeita (y apurando mucho, en ocasiones).

Aquel pastor nada tenía de arcádico en el atuendo ni de bucólico en el ademán. No era, nada más lejos, como Dafnis, Amintas, Tí tiro, Lycidas o Melibeo. No era el río Ligon el que murmuraba a sus pies, calzados con gruesos zuecos de madera: era el Zsil valaco, cuyas aguas frescas y pastoriles serían dignas de correr por los meandros de la novela *La Astrea*.

Frik, Frik de la aldea de Werst (así se llamaba el rústico apacentador), tan descuidado con su

persona como con sus animales, digno morador del sórdido cuchitril, construido a la entrada del pueblo, donde sus ovejas y sus cerdos vivían en una repulsiva horrura (que es la única palabra, aunque resulte anticuada, aplicable a los míseros apriscos del condado).

El *immanum pecus* pastaba, pues, al cuidado del tal Frik (*immanior ipse*). Éste, tumbado en un otero alfombrado de hierba, dormía con un ojo abierto y una gruesa pipa en la boca, silbándoles de tanto en tanto a los perros cuando alguna oveja se alejaba del pastizal, o soplando en el cuerno de caza que resonaba a través de los múltiples ecos de la montaña.

Eran las cuatro de la tarde. El día empezaba a declinar. Al este, algunas cumbres, que parecían emerger de la bruma que flotaba a sus pies, se iluminaban. Hacia el sudoeste, dos brechas de la cadena montañosa dejaban pasar un haz de rayos oblicuos, como el borbotón de luz que se cuele por una puerta entornada.

Aquel sistema orográfico pertenecía a la parte más salvaje de Transilvania, que abarcaba la denominación de condado de Klausenburgo o Kolozsvár.

Qué curioso fragmento del Imperio austríaco es Transilvania, o Erdely, que en magiar significa «tierra de bosques». Limita con Hungría al norte, Valaquia al sur y Moldavia al oeste. Con una extensión de sesenta mil kilómetros cuadrados, es

decir, seis millones de hectáreas (aproximadamente la novena parte de Francia), es algo así como Suiza, aunque supera al territorio helvético por una mitad, sin por ello albergar mayor población. Por Transilvania, de mesetas cubiertas de cultivos, exuberantes pastos, valles de trazado caprichoso y grandiosas cumbres, cruzan las ramificaciones de origen plutónico de los Cárpatos y transcurren numerosos afluentes del Tisza y del espléndido Danubio, cuyas Puertas de Hierro, a varias millas¹ hacia el sur, cierran el cañón de la cadena montañosa de los Balcanes, en la frontera entre Hungría y el Imperio otomano.

Así es la antigua tierra de los dacios, que conquistó Trajano en el siglo primero de la era cristiana. La independencia de la que disfrutó bajo el reinado de Juan de Zapolya y sus sucesores hasta 1699 llegó a su fin con Leopoldo I, que la anexionó a Austria. Pero al margen de las demarcaciones políticas, siempre ha sido el hogar común de varias razas que conviven sin fusionarse, los valacos o rumanos, los húngaros, los cingaros, los szekler de origen moldavo, y también los sajones, a los que el tiempo y las circunstancias acabaron «magiarizando» en aras de la unidad transilvana.

¿En qué tipo encajaba el pastor Frik? ¿Era un descendiente degenerado de los dacios? Habría

1. La milla húngara equivale a unos 7.500 metros. (Las notas, a menos que se indique lo contrario, son del autor.)

resultado difícil pronunciarse a la vista del pelo revuelto, el rostro tizado, la barba descuidada, las pobladas cejas como sendos cepillos de crin rojiza y los ojos garzos, entre verdes y azules, cuyo lagrimal húmedo rodeaba el arco senil. Y es que contaba ya sesenta y cinco años (o al menos, así cabe creerlo). Pero era alto y enjuto, se mantenía erguido bajo sayo amarillento menos velludo que su pecho, y un pintor no habría dejado pasar la ocasión de pintar su silueta cuando, tocado con el sombrero de paja, más semejante al corcho de una botella, se apoyaba en el báculo de pico de cuervo, inmóvil como una roca.

En el momento en que los rayos de luz penetraban a través de la brecha del oeste, Frik se dio la vuelta; luego, con la mano entreabierta a modo de antejo (que también podría haber servido de altavoz para que lo oyeran a lo lejos), observó con la mayor atención.

En el horizonte despejado, a no menos de una milla, pero muy empequeñecidas por la lejanía, se perfilaban las formas de un burgo. Aquel antiguo castillo ocupaba, en una cima aislada del paso de Vulkan, la parte superior de una meseta conocida como la meseta de Orgall. Por efecto de la intensísima luz, el relieve se resaltaba limpiamente, con la misma nitidez que presentan las imágenes estereoscópicas. Aun así, habría necesitado el apacentador una vista extremadamente aguda para distinguir algún detalle en aquella mole lejana.

Y de pronto, hete aquí que exclama, meneando la cabeza:

–¡Vaya, vaya, viejo burgo! ¡De qué te vale ponerte tan firme ahí arriba...! ¡De aquí a tres años habrás dejado de existir, pues en esa haya tuya ya no quedan más que tres ramas!

El haya, plantada en el extremo de uno de los baluartes del burgo, resaltaba en negro sobre el fondo del cielo como una silueta de papel delicadamente recortada, y a esa distancia apenas habría resultado visible para cualquiera que no fuera Frik. Y lo que significaban las palabras del pastor, motivadas por una leyenda relativa al castillo, lo explicaremos a su debido tiempo.

–Sí –repitió–, tres ramas... Ayer había cuatro, pero la cuarta se cayó anoche... Sólo queda el muñón... Ahora no cuento más que tres en la horquilla... ¡Nada más que tres, burgo viejo... nada más que tres!

Al establecer cuál sería la imagen ideal de un pastor, a nuestra imaginación le gusta mostrarnos un ser soñador y contemplativo, que conversa con los planetas, departe con las estrellas y lee en el cielo. En realidad, suele ser una bestia ignorante y obtusa. Sin embargo, la credulidad pública le atribuye con toda naturalidad dones sobrenaturales; posee maleficios, según de qué humor esté, conjura o lanza hechizos a personas y animales (que, en su caso, son una y misma cosa), vende polvos simpáticos, la gente le compra filtros y fórmulas. ¿Será

posible que pueda incluso volver infértiles los surcos con sólo arrojarles piedras encantadas, y estériles a las ovejas simplemente mirándolas con el ojo siniestro? Estas supersticiones se dan en todas las épocas y lugares. Incluso en medio de los campos más civilizados, nadie pasa junto a un pastor sin dedicarle una palabra amistosa, saludarlo con intención, dirigiéndose a él con el apelativo «buen pastor» que tanto les gusta. Basta con descubrirse levemente para librarse de las malas influencias, y los caminos de Transilvania no son una excepción.

A Frik lo consideraban un brujo, un invocador de apariciones fantásticas. Según los unos, los vampiros y las estriges obedecían sus órdenes; según los otros, se lo podía ver, al ponerse la luna, en las noches más oscuras, al igual que en otros parajes se aparece el gran bisextil, a horcajadas sobre las compuertas de los molinos, departiendo con los lobos o ensoñándose con las estrellas.

Frik los dejaba hablar a todos porque le traía a cuenta. Vendía hechizos y los correspondientes antídotos. Pero cabe observar que él era tan crédulo como su clientela, y si bien no creía en sus propios sortilegios, al menos les daba crédito a las leyendas que circulaban por la comarca.

De modo que no es de extrañar que hiciera tal pronóstico sobre la próxima desaparición del viejo burgo, dado que al haya no le quedaban más que tres ramas, ni que estuviera deseando llevar esta noticia a Werst.

Después de haber reunido al rebaño soplando a pleno pulmón en un largo cuerno de madera clara, Frik retomó el camino de la aldea. Los perros le seguían hostigando a las reses (dos bastardos de grifón, sarnosos y feroces, que más parecían creados para devorar a las ovejas que para vigilarlas). Sumaban entre todas un centenar de carneros y ovejas, entre ellos una docena de corderos menores del año, y el resto de los animales de tres y cuatro años, es decir, de entre cuatro y seis dientes.

Aquel rebaño pertenecía al juez de Werst, el birió Koltz, que le pagaba a la comuna un cuantioso derecho de carneraje y que le tenía mucho aprecio a su apacentador Frik, sabedor de lo hábil que era esquilando y lo mucho que sabía sobre el tratamiento de enfermedades: muguet, diarrea de los corderos, furia, trematoda, duelas, morriña, viruela, podredumbre del pie, geluza y otras afecciones de origen pecuario.

El rebaño caminaba formando un grupo compacto, con el carnero guía delante, emparejado con su oveja, tañendo juntos la esquila que sonaba entre los balidos.

Al salir del pastizal, Frik se adentró por un amplio sendero que bordeaba anchurosos campos. En ellos ondeaban las magníficas espigas de un trigo ya muy crecido, con el tallo muy largo; allí se extendían algunas plantaciones de *kukorica*, que es el maíz de la región. El camino conducía a

la linde de un bosque de pinos y abetos, que ofrecían frescor y sombra. Más abajo se paseaba el cauce luminoso del Zsil, que filtraban los guijarros del lecho, y sobre el que flotaban los troncos en rollo procedentes de las serrerías del curso superior del río.

Los perros y las reses se detuvieron en la orilla derecha y empezaron a beber ávidamente al borde de la ribera, moviendo el revoltijo del cañaverál.

Werst ya sólo quedaba a tres tiros de fusil, al otro lado de un denso saucedal, que formaban árboles de buen fuste y no esos desmochados enanos cuya copa crece unos pies por encima de las raíces. Aquel saucedal se extendía hasta las faldas del paso de Vulkan cuyo pueblo, que lleva el mismo nombre, se encuentra en una estribación de la ladera meridional de los montes Pelaga.

A esa hora, el campo estaba desierto. Los labradores no regresan al hogar hasta que cae la noche y Frik no pudo, por el camino, intercambiar con nadie los saludos de rigor. Una vez abrevado el rebaño, se disponía a adentrarse entre los pliegues del valle cuando un hombre apareció en el codo del Zsil, a unos cincuenta pasos corriente abajo.

—¡Eh, amigo! —le gritó al apacentador.

Era uno de esos feriantes que recorren los mercados del condado. Se los puede ver en ciudades, villas y hasta en las aldeas más humildes. Hacerse entender no les supone ningún proble-

ma: hablan todas las lenguas. ¿Éste era italiano, sajón o valaco? Nadie habría podido decirlo; pero era judío, judío polaco, alto y enjuto, de nariz aguileña, barba puntiaguda, frente protuberante y ojos vivísimos.

Aquel merchante vendía lentes, termómetros, barómetros y relojos. Lo que no llevaba guardado en el fardo sujeto con fuertes tirantes a sus hombros, le colgaba del cuello y de la cintura: un auténtico buhonero, algo así como un mercachifle ambulante.

Probablemente aquel judío sentía ese respeto y quizá ese sano temor que inspiran los pastores. Saludó pues a Frik con la mano. Acto seguido, en esa lengua rumana que es latina a la par que eslava, le dijo con acento extranjero:

—¿Van las cosas a su gusto, amigo?

—Sí... depende del tiempo que haga —contestó Frik.

—Entonces hoy le irá bien, porque hace bueno.

—Y mañana me irá mal, porque va a llover.

—¿Va a llover? —exclamó el merchante—. ¿Acaso llueve sin nubes en esta comarca suya?

—Las nubes llegarán esta noche... por allí... del lado malo de la montaña.

—Y eso ¿cómo lo sabe?

—Por la lana de mis ovejas, que está tiesa y seca como cuero curtido.

—Qué mala suerte para los que recorren las carreteras...

—Y qué buena para los que se quedan a la puerta de su casa.

—Para eso, hay que tener casa, buen pastor.

—¿Tienes hijos? —dijo Frik.

—No.

—¿Estás casado?

—No.

Y Frik preguntó aquello porque era costumbre por esas tierras hacerles tales preguntas a quienes estaban de paso.

Y luego prosiguió:

—¿De dónde vienes, buhonero?

—De Hermanstadt.

Hermanstadt es una de las poblaciones más importantes de Transilvania. Al dejarla atrás se entraba en el valle del Zsil húngaro, que baja hasta el burgo de Petrozseny.

—¿Y adónde vas?

—A Kolozsvar.

Para llegar a Kolozsvar basta con subir en dirección al valle del Maros, y luego, cruzando Karlsburgo y siguiendo las primeras estribaciones de los montes Bihar, se llega a la capital del condado. Un trayecto de unas veinte millas a lo más².

En realidad, siempre se nos antoja que esos vendedores de termómetros, barómetros y relojes son seres aparte, con trazas de personaje de

2. Aproximadamente 150 km.

Hoffman. Eso se debe a su oficio. Venden el tiempo bajo todas sus formas, el que transcurre y el que hace o hará, del mismo modo que otros buhoneros venden cestos, prendas de punto o piezas de algodón. Diríase que son los viajeros de la casa Saturno y Cia, cuya muestra es un reloj de arena dorado. Y sin duda ese fue el efecto que el judío le causó a Frik, que miraba, sin disimular su sorpresa, aquel muestrario de objetos, nuevos para él, cuya utilidad desconocía.

—Eh, buhonero —preguntó alargando el brazo—, ¿para qué sirven todos esos cachivaches que llevas en el cinturón, traqueteando como el esqueleto de un ahorcado?

—Estas son cosas de gran valor —respondió el feriante—, cosas que a todo el mundo le sirven.

—¿A todo el mundo —exclamó Frik guiñando un ojo—, incluso a los pastores?

—Incluso a los pastores.

—¿Y este mecanismo?

—Este mecanismo —respondió el judío agitando suavemente un termómetro entre las manos— indica si hace frío o calor.

—¡Vaya, amigo, eso lo sé de sobra, según si sudo bajo el sayo o tiritito bajo la capa!

Evidentemente, con eso debía de bastarle al apacentador, al que le traían sin cuidado los porqués de la ciencia.

—¿Y ese relojazo con una sola aguja? —prosiguió señalando un barómetro aneroide.

–No es ningún reloj, es un instrumento que indica si mañana va a hacer buen tiempo o si va a llover...

–¿De verdad?

–De verdad.

–¡Vaya! –replicó Frik–. Pues no lo querría ni aunque no costara más que un *kreutzer*. ¿Acaso no me basta con ver las nubes arrastrándose por la montaña o corriendo por encima de los picos más altos para saber qué tiempo va hacer con veinticuatro horas de adelanto? Sin ir más lejos, ¿ves esa neblina que parece brotar del suelo...? Pues ya te lo he dicho, es agua para mañana.

En realidad, el pastor Frik, que era un gran observador del tiempo, podía prescindir de un barómetro.

–No sé si preguntarle si necesita un reloj... –prosiguió el buhonero.

–¿Un reloj...? Tengo uno que funciona solito y que me oscila por encima de la cabeza. Es el sol de ahí arriba. Fíjate, amigo, cuando se detiene sobre el pico Roduk, es que es mediodía, y cuando mira por el hueco de Egelt, es que son las seis. Mis ovejas lo saben igual que yo, y los perros igual que las ovejas. Así que puedes quedarte con tus relojes.

–¡Bueno, si mis únicos clientes fueran los apacentadores, no iba a serme fácil hacer fortuna! ¿Así que usted no necesita nada?

–Nada de nada.

Por lo demás, toda aquella mercancía a precio vil era de factura muy deficiente, de forma que los barómetros no se ponían de acuerdo para indicar tiempo bueno o variable, y las manecillas de los relojes marcaban horas excesivamente largas o minutos excesivamente cortos: en definitiva, pura filfa. Quizá el pastor así lo sospechaba y era reacio a convertirse en comprador. Sin embargo, cuando se disponía a retomar el yugo, preguntó mientras meneaba una especie de tubo que colgaba del tirante del buhonero:

—¿Para qué sirve este caño que llevas aquí?

—Este caño no es un caño.

—Entonces ¿qué es? ¿Un naranjero?

Y a lo que se refería así el pastor era un tipo de trabuco con el cañón atrompetado.

—No —dijo el judío—, es un catalejo.

Era uno de esos catalejos corrientes, que aumentan los objetos de cinco a seis veces, o los acercan en igual proporción, lo que viene a ser lo mismo.

Frik había descolgado el instrumento y lo miraba, trasteaba con él y le daba vueltas, hacía girar los cilindros uno dentro de otro.

Por fin, meneando la cabeza, dijo:

—¿Un catalejo?

—Sí, pastor, y uno de los buenos, que alarga la vista que da gusto.

—Huy, yo tengo buenos ojos, amigo. Con tiempo despejado, alcanzo a ver hasta lo alto de los

montes Retyezat, y los últimos árboles en lo fondo de los desfiladeros de Vulkan.

–¿Sin entornar los ojos?

–Sin entornarlos. Eso es gracias al rocío, cuando duermo al raso desde el anochecer hasta por la mañana. Eso sí que te deja limpias las pupilas.

–¿Qué... el rocío? –respondió el buhonero–. Si parece ser que más bien deja ciego...

–A los pastores, no.

–¡Así sea! Pero por muy buenos que sean sus ojos, los míos son aún mejores, cuando los coloco en el extremo de mi catalejo.

–Habría que verlo.

–Pues véalo colocando los suyos...

–¿Yo?

–Pruébelo.

–¿No va a costarme nada? –preguntó Frik, que era desconfiado por naturaleza.

–Nada... a menos que decida comprarme el aparato.

Apaciguado sobre el particular, Frik tomó el catalejo, cuyos tubos ajustó el buhonero. Y después de cerrar el ojo izquierdo, se colocó el ocular sobre el derecho.

Al principio, miró en dirección al paso de Vulkan y subió hacia el monte Pelaga. Acto seguido, bajó el instrumento y lo apuntó hacia la aldea de Werst.

–¡Je, je! –dijo–. Pues es cierto... Llega más lejos que mis ojos... Ahí está la calle mayor... Reconoz-

co a la gente... Hombre, Nic Deck, el guardabosque, que vuelve de hacer la ronda, con la mochila a la espalda y el fusil al hombro...

–¡Ya se lo decía yo! –apuntó el buhonero.

–Sí... Sí... ¡Claro que es Nic! –continuó el pastor–. ¿Y quién es la moza que sale de casa del juez Koltz, con falda roja y corpiño negro, como para encontrarse con él?

–Fíjese, buen pastor, y reconocerá a la moza igual que al muchacho...

–¡Eh, sí...! Es Miriota... ¡Tan guapa como siempre...! ¡Ay, estos enamorados...! Pues esta vez, más vale que se comporten, porque los tengo aquí, al otro extremo del caño, ¡y no me pierdo ni un solo arrumaco!

–¿Qué le parece mi aparato?

–¡Je, je...! ¡que sirve para ver de lejos!

Que Frik nunca antes hubiera mirado a través de un catalejo demostraba que la aldea de Werst mereciera contarse entre las más atrasadas del condado de Klausenburgo. Y así era, como veremos más adelante.

–Vamos, buen pastor –prosiguió el feriante–, siga mirando... y más allá de Werst... La aldea la tenemos demasiado cerca... Apunte más lejos, ¡mucho más lejos, le digo!

–¿Y tampoco me costará nada?

–Tampoco.

–¡Bueno...! ¡A ver qué me encuentro por el Zsil húngaro! Sí... ahí está el campanario de Live-

zeni... Lo reconozco porque a la cruz le falta un brazo... Y más allá, en el valle, entre los abetos, alcanzo a ver el campanario de Petrozseny, con el gallo de hojalata, que tiene el pico abierto como para llamar a las pollitas... Y allí, esa torre que asoma entre los árboles... Debe de ser la torre de Petrilla... Pero, ahora que lo pienso, buhonero, espera un momento, ya que me va a costar lo mismo...

–Lo mismo, buen pastor...

Frik acababa de girarse hacia la meseta de Orgall y, con el extremo del catalejo, seguía el telón de los bosques en penumbra que cubrían las laderas del Pelaga y el campo visual del objetivo enmarcó la lejana silueta del burgo.

–¡Sí! –exclamó–, la cuarta rama está en el suelo... ¡Lo que yo había visto...! Y nadie va a ir a recogerla para hacer una buena hoguera de San Juan... No, nadie... ¡ni siquiera yo...! Eso sería arriesgar tanto el cuerpo como el alma... ¡Pero que a nadie le pese...! Alguien sabrá alimentar con ella, esta noche, su fogata infernal... ¡El Chort!

El Chort, así llaman al diablo cuando hablan de él en esa comarca.

Quizá el judío se disponía a pedirle a Frik que le explicara esas palabras incomprensibles para quien no fuera de la aldea de Werst o sus alrededores, cuando el pastor exclamó, con una voz tan sorprendida cuanto aterrada:

–Pero ¿qué es esa bruma que se escapa de la torre...? ¿Es bruma...? ¡No...! Parece humo... ¡No puede ser...! ¡Hace años y años que las chimeneas del burgo no echan humo!

–Si lo que ve allí es humo, buen pastor, es que hay humo.

–No, buhonero, ¡quíá...! Es el cristal de tu aparato que se empaña.

–Límpielo.

–Y cuando lo haya limpiado...

Frik le dio la vuelta al catalejo y después de frotar las lentes con la manga, volvió a colocárselo en el ojo.

En efecto, lo que salía de lo alto de la torre del homenaje era humo. Subía en línea recta por el cielo sereno, formando un penacho que se confundía con el vapor de las alturas.

Frik, inmóvil, había dejado de hablar. Concentraba toda la atención en el burgo que las sombras ascendentes ya estaban alcanzando a la altura de la meseta de Orgall.

De pronto, bajó el catalejo y se llevó la mano a la faltriquera que le colgaba debajo del sayo:

–¿Cuánto por el tubo? –preguntó.

–Un florín y medio–respondió el buhonero.

Y habría aceptado vender al catalejo al precio de un florín³ al menor intento de regateo de Frik. Pero el pastor no rechistó. Presa, a todas luces, de

3. Aproximadamente 3,60 francos.

una estupefacción tan repentina como inexplicable, hundió la mano hasta el fondo de la faltriquera y sacó el dinero.

–Este catalejo, ¿lo compra para usted? –preguntó el buhonero.

–No... para mi señor, el juez Koltz.

–Entonces, él le devolverá el dinero.

–Sí... los dos florines que me ha costado...

–¿Cómo que dos florines...?

–¡Pues claro...! Dicho lo cual, buenas noches, amigo.

–Buenas noches, buen pastor.

Y Frik, silbándoles a los perros y guiando ante sí al rebaño, subió rápidamente en dirección a Werst.

El judío, mientras lo miraba marchar, meneó la cabeza, como si acabase de habérselas con un loco:

–¡Si lo llego a saber –murmuró–, le habría vendido más caro el catalejo!

Y tras ajustar la mercancía que llevaba en la cintura y en los hombros, se encaminó hacia Karlsburgo, bajando por la orilla derecha del Zsil.

¿Adónde iba? Qué más da. Sólo está de paso en este relato. Ya no lo veremos más.